Carlos Marx

LA ESPAÑA REVOLUCIONARIA

Colección El Viejo Tonto

La España revolucionaria

Karl Marx

La España revolucionaria

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción, almacenamiento en sistemas de recuperación de la información, transmisión de parte de esta publicación sea cual sea el medio empleado. (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.) sin obtener el previo permiso de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual y sin citar la fuente.

UCE Publicaciones
C/ Literato Azorín, 13 b
31006 • Valencia
www.uces.es
www.deverdaddigital.es
www.deverdadtv.es

Título original: *Revolutionary Spain*

Título: La España Revolucionaria

Edita: UCE Publicaciones
Diseño: UCE Publicaciones
Pamplona, 2018
Portada: ¡Que valor! Agustina de Aragón. Francisco de Goya. De la serie "Los desastres de la guerra". 1810-1815.
Depósito Legal: DL NA 2678-2018
I.S.B.N.: 978-84-09-06425-0

Índice

Una visión revolucionaria de España 9
Antecedentes del siglo XIX 21

I 21 de julio de 1854 23
II 9 de septiembre de 1854 25
III 25 de septiembre de 1854 35
IV 20 de octubre de 1854 43
V 27 de octubre de 1854 51
VI 30 de octubre de 1854 59
VII 24 de noviembre de 1854 65
VIII 1 de diciembre de 1854 77
IX 2 de diciembre de 1854 85
X 23 de marzo de 1855 95

Textos anexos 107
La revolución española y Rusia; El problema de las colonias;
Corrupción de los políticos; Anarquía en provincias.
La prensa de Madrid 109
Espartero 115

Cronología del siglo XIX español 125

Una visión revolucionaria de España

por Joan Arnau

Si alguien hoy defiende la memoria de la Guerra de la Independencia, que a principios del siglo XIX hizo fracasar la invasión napoleónica, existen muchas probabilidades de que se le considere poco menos que "un nostálgico reaccionario".

Sin embargo, como el lector comprobará en las páginas de este libro, Marx hace arrancar "La España revolucionaria" precisamente de 1808, alabando "el gran movimiento nacional que acompañó a la expulsión de los Bonaparte", y resaltando "las muestras de vitalidad de un pueblo al que se creía moribundo".

Y casi un siglo después que Marx, entre 1936 y 1939, comunistas, anarquistas, socialistas o republicanos volvieron a enarbolar el recuerdo de la gesta contra el invasor galo, en un momento donde el pueblo español combatía contra la intervención de la Alemania hitleriana o la Italia mussoliniana. Muchos de los actuales dirigentes de la izquierda rechazarían el cartel de Josep Renau, uno de los más destacados referentes del cartelismo antifascista y revolucionario, que estaba presidido por un contundente lema: "1808 – 1936. De nuevo por nuestra independencia". Y se enfrentarían al discurso de Pasionaria, cuando exaltaba el espíritu de lucha gritando que "ya España tuvo una guerra de independencia, y nuestro pueblo escribió en ella las páginas heroicas y gloriosas de Gerona, de Zaragoza, de Bailén y Madrid".

¿Cómo es posible una distorsión histórica de tal magnitud? La izquierda más revolucionaria, desde Marx a Pasionaria, vibró con la Guerra de la Independencia, con la lucha de un pueblo y una nación contra el dominio de una potencia extranjera. Mientras que el pensamiento que hoy se nos presenta como progresista se coloca al lado del invasor napoleónico, identificado con la "modernidad", y ataca a un pueblo español al que considera la encarnación del fanatismo religioso.

Esta es una de las flagrantes paradojas a las que el lector va a enfrentarse. De la mano de Marx vamos a descubrir una "España revolucionaria" que nos han obligado a olvidar, y comprenderemos como la tradición de lucha y el carácter revolucionario del pueblo español, que hoy sigue levantando admiración en todo el mundo, desde el 15–M a la desbordante huelga feminista del 8–M o las movilizaciones contra los recortes, no es un episodio coyuntural sino que hunde sus raíces en la historia.

Entre julio de 1854 y junio de 1857, Marx escribió 27 artículos para el "New York Daily Tribune", analizando los acontecimientos que se sucedían en España. Agrupados ya bajo el título común de "La España revolucionaria".

Marx se había instalado en Londres, donde llegó huyendo de la feroz persecución a que le sometieron toda las clases dominantes europeas, expulsándolo de Alemania, Francia o Bélgica. En Inglaterra se le permitió residir, pero las autoridades levantaron un "cerco" para aislarlo y cortarle cualquier vía de subsistencia. Solo un periódico progresista como el "New York Daily Tribune" aceptó incorporar a Marx como cronista de los hechos más importantes que acontecían en Europa.

Pero Marx no escribe sobre España con la frialdad de un encargo. En los años cincuenta del siglo XIX, el fundador del marxismo se había entregado a sus estudios sobre economía política, que en 1867 culminarán con la publicación del primer tomo de "El Capital". Sin embargo, hará una pausa en esta decisiva tarea para estudiar minuciosamente "el caso español". En septiembre de 1854, Marx confiesa en una carta a Engels que "España constituye mi principal tema

de estudio". Estudiará la historia de nuestro país, remontándose a la reconquista o la colonización americana, aprenderá español para leer directamente los textos, llenará cinco cuadernos de notas sobre España...

¿Por qué ese repentino interés por España? Como todo en Marx, no se trata de simple curiosidad teórica, sino que está al servicio de la práctica revolucionaria.

En 1854 el ciclo revolucionario abierto en 1848, que asoló toda Europa y en el que Marx había tomado parte de forma destacada, se ha saldado con la derrota de las fuerzas obreras, que por primera vez irrumpieron con una organización y un programa propio, no sometido a la dirección de la burguesía. España se incorpora a él demasiado tarde, pero cuando lo hace expresa un ímpetu que Marx reconoce al instante. La "Vicalvarada", con barricadas levantadas por el pueblo en Madrid y huelgas obreras en Barcelona, convierte el que iba a ser uno más de los pronunciamientos liberales en algo distinto, en el inicio de un ciclo revolucionario donde el proletariado va a tener una influencia cada vez mayor, y que desembocará en la Iª República.

La España revolucionaria cautivará a Marx, que comienza su ciclo de artículos afirmando que "no es exagerado decir que no hay otra cosa en Europa que ofrezca al observador reflexivo un interés tan profundo como España en el presente momento".

Y para comprender lo que sucede en nuestro país, debe romper con los estereotipos, con el prisma deformado a través del cual las burguesías europeas nos miraban. Como el propio Marx reconoce "no existe, quizá con excepción de Turquía, ningún país que Europa conozca tan poco y juzgue tan falsamente como España". La razón está en "historiadores que han bebido en las fuentes de sus anuarios cortesanos" y que "daban por extinguida la vida de la nación porque su historia oficial habíase reducido a revoluciones palaciegas".

Marx se revela contra la caricatura de una España ensimismada en sus glorias pasadas, petrificada e inmóvil, reducida a un espantajo reaccionario inmune a la modernidad... que las burguesías europeas ya difundían entonces

para justificar que tan atrasado país solo podía civilizarse bajo su dominio. Y nos ofrece a la España viva, a un pueblo que lucha, a una nación que defiende su libertad y que sigue siendo capaz de poner Europa patas arriba.

Para escribir sobre la revolución de 1854, Marx empieza retrotrayéndose a la reconquista, a la particular configuración con que España se forma como Estado unitario o a las contradicciones internas de un imperio en expansión durante el siglo XVI.

¿Pasión de erudito? ¿Largo rodeo antes de entrar en el tema principal? Nada de eso. Marx no se caracterizaba por circunloquios ni por eludir el problema principal que abordaba en cada texto.

Si "La España revolucionaria" comienza con una exposición de los antecedentes históricos es porque son absolutamente necesarios para tomarle el pulso al país, para escapar de las mentiras que ya entonces se empeñaban en mostrarnos un país decadente y condenado a ocupar un lugar secundario en la historia.

Con un conocimiento que todavía hoy sorprende, Marx nos ofrece una extraordinaria síntesis histórica sobre los fundamentos de España, no como encarnación de un inexistente "espíritu nacional" inmutable sino como resultado de un proceso histórico concreto.

Y al hacerlo, pulveriza algunos de los lugares comunes más manidos, que todavía hoy están escandalosamente extendidos a pesar de que los hechos los desmienten.

Frente a la visión de una España que, desde su misma constitución como Estado unitario en los tiempos de los Reyes Católicos, alberga en su ADN la centralización y la uniformización forzosa, Marx nos demuestra como la realidad ha sido exactamente la contraria.

La monarquía absoluta, que en Francia o Inglaterra, a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII, se convierte en un laboratorio entre una aristocracia feudal ya en decadencia y una burguesía en ascenso, y que al hacer avanzar la centralización económica, política o social crea las condiciones

para el desarrollo a mayor velocidad del mundo burgués, va a jugar en España un papel diferente.

Desde Carlos I, para impedir el desarrollo de una fuerza que pudiera competir con el poder real, los monarcas españoles van a potenciar la pervivencia de las divisiones y diferencias entre las diferentes regiones, que el carácter de unión confederal adoptada por los Reyes Católicos había preservado.

Esta es una de las razones de que España entre en el siglo XIX conservando una pluralidad territorial que en las principales potencias burguesas ha sido prácticamente extirpada.

Pero esta no es la única idea dominante sobre nuestra historia que Marx literalmente tritura. Es habitual pensar que el origen de la decadencia y el atraso de España están en el peso de la Iglesia y el carácter fanático, intolerante, supersticioso, servil e irracional del pueblo español, convirtiéndonos en un país donde la modernidad no podía arraigar.

Frente a estas ideas, Marx nos propone "examinar las circunstancias, políticas o económicas, que han destruido en España el comercio, la industria, la navegación y la agricultura". No es "el carácter español", opuesto a la "laboriosidad de los países del norte de Europa", lo que condena a España, sino las condiciones materiales, en lo económico, lo político y lo social, desde la falta de centralización a la derrota de las ciudades, que impide a una burguesía entonces en desarrollo jugar en España el papel que alcanzó en otros países.

Solo por estos dos pilares maestros, que nos ofrecen una visión a contracorriente de nuestra historia, merece la pena leer "La España revolucionaria" de Marx.

"De un lado estaban los afrancesados, y del otro la nación"

Con esta tajante toma de posición, Marx se enfrenta a la visión todavía hoy dominante sobre la Guerra de la Independencia, que nos presenta al pueblo español como retrógrado defensor de los privilegios feudales y el poder de la iglesia, y a Napoleón como representante de las ideas avanzadas y un proyecto modernizador.

Marx se pone de lado del pueblo español, de ese actor protagonista que muchos están empeñados en borrar de la obra. Recordando como "*Napoleón, que como todos sus contemporáneos consideraba a España como un cadáver exánime, tuvo una sorpresa fatal al descubrir que, si el Estado español estaba muerto, la sociedad española estaba llena de vida y repleta, en todas partes de fuerza de resistencia*".

No fue la nobleza, ni la Iglesia, ni el monarca, que se arrodillaron ante el emperador entregándole las llaves del país, sino el pueblo quien se levantó contra el invasor. Evidenciando una división que se ha mantenido hasta nuestros días: unas élites siempre dispuestas a regalar el país a una potencia extranjera a cambio de conservar sus privilegios, y un pueblo que lucha por defender la independencia de la nación.

Pero Marx no se limita a mirar la Guerra de la Independencia únicamente desde la perspectiva de la lucha contra el invasor, sino como punto de partida

de la "España revolucionaria". Por eso insiste en resaltar "el hecho frecuentemente negado de la existencia de aspiraciones revolucionarias en la época de la primera insurrección española".

Frente a la idea de un pueblo que sigue servilmente al cura o al noble, Marx nos evidencia como en las revueltas populares extendidas por toda España tras el 2 de mayo "*los miembros más eminentes de la antigua administración cayeron víctimas del pueblo enfurecido, en todas partes las autoridades fueron destruidas*".

En las proclamas de las diferentes Juntas locales y provinciales, el nuevo poder revolucionario creado por el impulso popular, aparece siempre unida la lucha contra el invasor francés con la derogación de la vieja ley y su sustitución por nuevas medidas revolucionarias acordes con la instauración de la moderna sociedad burguesa. Un camino que culminará en Cádiz con la aprobación de la Constitución más avanzada de toda Europa.

Si este movimiento acabó desembocando, no en la modernización de España sino en la reinstauración del absolutismo en la figura de Fernando VII, no fue responsabilidad del pueblo español sino de unas fuerzas burguesas que no jugaron el papel revolucionario que les correspondía. En España no existió un Danton o un Robespierre que se pusiera delante de la revuelta popular para dirigirla. Por el contrario, las élites de la burguesía se aterrorizaron ante el levantamiento del pueblo, maniobraron para echar atrás los pronunciamientos más revolucionarios de las Juntas locales, y acabaron por pactar con la aristocracia. La renuncia de la burguesía española a hacer su propia revolución, que se manifestará con todo su antagonismo a lo largo del siglo XIX, y su temor al pueblo revolucionario, aparecen ya en toda su plenitud entre 1808 y 1814.

La visión que Marx nos ofrece sobre la Guerra de la Independencia no solo contradice la "versión oficial", sino que nos da las pistas claves para comprender algunos de los rasgos característicos tanto del pueblo español como de nuestras clases dominantes.

Lo que sucede en España en 1854 no es uno más de los pronunciamientos militares que se habían encadenado en España durante la primera mitad del siglo XIX, unos encabezados por los liberales y otros por los moderados, pero siempre limitados a élites y núcleos reducidos.

En 1854 las masas irrumpen en lo que se había diseñado como un nuevo pronunciamiento liberal que se resolviera en una pugna limitada a las élites. En Barcelona, los obreros se declaran en huelga, y con su actuación empujaron a la guarnición de la capital catalana a adherirse al pronunciamiento. Madrid aparece llena de barricadas levantadas por las clases populares, que asaltan los palacios del marqués de Salamanca, el presidente del gobierno y la reina madre María Cristina, así como la cárcel del Saladero, liberando a los demócratas radicales presos.

La rebelión popular se extiende a las principales ciudades españolas, formándose juntas revolucionarias que incluyen las demandas populares más sentidas en el terreno económico y político.

El gobierno liberal resultante va a traicionar uno a uno todos los compromisos adquiridos, desatado una violenta represión sobre el movimiento obrero. Pero el hecho capital ya se había producido. Aunque de forma todavía incipiente y sin disponer de organizaciones propias, el proletariado revolucionario había irrumpido como un protagonista político activo. Y eso cambiaría la historia de España.

Marx supo detectarlo al instante, en el momento donde los acontecimientos se estaban produciendo, y por ello concentró su atención sobre España. Los hechos posteriores le dieron la razón.

A pesar de la represión, la lucha obrera y popular dio nuevos saltos en su organización y radicalización.

En 1868, en la llamada "Revolución Gloriosa", las fuerzas obreras están mucho más organizadas –ya se han creado las primeras agrupaciones de la Internacional y los sindicatos se han fortalecido– y sus demandas van mucho más allá del manifiesto liberal inicial.

Será la movilización popular, encabezada por la clase obrera, y su creciente influencia, lo que va a determinar un rumbo político que culminará con las instauración de la Iª República.

En 1854 el capitalismo no ha entrado todavía en su fase imperialista. Pero las grandes potencias burguesas, que ya han dado comienzo a una frenética carrera por extender sus imperios coloniales, intervienen y maniobran en los países bajo su dominio.

España no solo no es una excepción, sino que es uno de los focos principales de las maquinaciones inglesas o francesas. Un hispanista como Pierre Villar, uno de los más destacados historiadores marxistas, nos lo recuerda: "*Políticamente débil, España será tratada por el extranjero como zona de influencia. La intervención de 1823, las posiciones adoptadas en torno a los matrimonios españoles, las intrigas en torno a Espartero y Narváez, son otros tantos episodios de la rivalidad anglo–francesa en torno a España. Habría que reconstruir el papel de Inglaterra en el distanciamiento de las colonias, en el control de los yacimientos mineros, en los esfuerzos de Cobden contra el proteccionismo textil, en las tendencias de Mendizábal, Espartero y los librecambistas. España escapó a la suerte de satélite que aceptó Portugal, pero sus riquezas y su posición no cesaron de atraer las intrigas extranjeras*".

Ocultar esta intervención de las grandes potencias sobre España a lo largo del siglo XIX, cuando se estaba configurando el capitalismo y la nueva oligarquía, es una constante de la historiografía oficial. Pues bien, en "La España revolucionaria" Marx se empeña en poner luz sobre esta intervención exterior.

Evidenciando la participación inglesa o rusa alentando el levantamiento de Riego en 1820, cuya consecuencia principal fue paralizar el envío de refuerzos militares a América, acelerando con ello la independencia de unas nuevas repúblicas que pronto caerán bajo la órbita de Londres.

Poniendo negro sobre blanco algo más que el apoyo inglés a algunos de los pronunciamientos liberales que estallaron en España: "*se ha averiguado ya que fue el embajador inglés el que escondió a O'Donnell en su palacio e indujo*

al banquero Collado, actual ministro de Hacienda, a adelantar el dinero que necesitaban O'Donnell y Dulce para iniciar su pronunciamiento".

Dirigiendo también su mirada a Francia, incitando y financiando algunos de los golpes moderados, como el que en 1843 acabó con el gobierno de Espartero, demasiado escorado hacia Londres: "*Luis Felipe* [soberano galo] *mandó dos millones de oro por tierra y a Narváez* [líder moderado exiliado en París] *y sus amigos por tierra*".

Denunciando incluso como los matrimonios de la realeza española se convierten en territorio de disputa entre Inglaterra y Francia. En 1843 "*Luis Felipe y la señora de Muñoz* [la reina regente, María Cristina] *acordaron de consumo el conjunto de casamientos españoles*". Una maniobra contestada por Londres cuando en 1845 propugno el matrimonio del Leopoldo Sachsen–Coburgo–Gotha (primo del príncipe Alberto, esposo de la reina inglesa) y la reina española Isabel II, lo que hubiera consolidado la posición de Inglaterra en la Península Ibérica.

Estas son solo algunas de las perlas, de los tesoros que nos ofrece "La España revolucionaria" de Marx, y que son herramientas extraordinariamente valiosas frente a las continuas falsificaciones de nuestra historia.

Pero este libro no es solo, ni principalmente, una lección de historia. Aquí Marx nos proporciona algunas de las claves que nos permiten comprender el presente de nuestro país. El de una clase dominante y unas élites, desde Fernando VII, el monarca absolutista, a Espartero, la gran figura liberal, siempre prestas a entregar el país, y además a bajo precio, al dominio extranjero. El de las principales potencias, desde Napoleón a la Inglaterra victoriana, que intervienen permanentemente para expoliar nuestras riquezas y pilotar el rumbo político del país de acuerdo a sus intereses. Y, sobre todo, el de un pueblo español al que muchos han considerado "moribundo", pero que ha sido capaz de derrotar a emperadores invictos, como Napoleón.

La "España revolucionaria" de Marx es la antítesis de la "España negra" que se nos ha vendido como visión casi única sobre nuestro país.

Frente a quienes nos siguen presentando como "un país corrupto", con "una democracia de baja calidad" que "no ha sabido liberarse de los vestigios del franquismo", el pueblo español sigue estando hoy a la vanguardia de las luchas más avanzadas, encabezando el ranking de manifestaciones en Europa, impulsando experiencias rupturistas como el 15–M o admirando al mundo con las masivas movilizaciones feministas, convirtiéndose en un muro que no permite que partidos xenófobos jueguen un papel político importante...

Con este libro el lector va a comprobar como "la España revolucionaria", que sigue hoy muy viva, aunque muchos intenten ocultarla, tiene hondas raíces en la historia.

Antecedentes del siglo XIX

En 1640, Francia impulsará la independencia de Cataluña y Portugal.

París se apoyará en un minoritario partido pro–francés en las clases dirigentes catalanas, que había acordado un pacto secreto para asegurar la protección militar francesa en caso de un levantamiento contra España. La república catalana desgajada de España se colocará rápidamente bajo obediencia francesa.

Al mismo tiempo, Francia alentará las ambiciones independentistas de los círculos de la nobleza portuguesa nucleados en torno al Duque de Braganza. La intervención francesa va a acelerar la decadencia española, que pierde definitivamente su condición de gran potencia europea.

El dominio francés acarreará nefastas consecuencias a los territorios empujados hacia las aventuras secesionistas. Cataluña perderá un tercio de su territorio, que pasará a manos francesas. Y el Portugal independiente será inmediatamente transformado en una colonia comercial británica.

La Guerra de Sucesión –entre 1701 y 1713– presentada como un conflicto dinástico es en realidad la disputa entre las principales potencias del momento, Francia e Inglaterra, por el dominio sobre España.

La incapacidad de Carlos II, que va a morir sin descendencia, convertirá la designación de su sucesor en una batalla entre los grandes de Europa. Francia respaldará la candidatura de Felipe de Anjou, futuro Felipe V y nieto del monarca galo Luis XIV, mientras Inglaterra respalda la del archiduque Carlos de Austria. Las luchas por la supremacía europea –en las que España participaba como potencia hegemónica– se trasladan ahora a suelo español... y el dominio de España es el principal botín en disputa. Las principales batallas se librarán entre tropas, muchas de ellas extranjeras, al mando de generales galos y británicos; la dirección política y la resolución del conflicto seguirán el ritmo de la correlación de fuerzas entre París y Londres.

La resolución de la guerra –acordada entre París y Londres– supone el definitivo abandono de las posesiones españolas en Europa, la ocupación extranjera de parte del territorio peninsular y la entrega del comercio con América a las grandes potencias.

Durante el siglo XVIII España se convierte poco más que en un virreinato francés.

La llegada de Felipe V al trono español viene acompañada de un estrecho control desde París de todos los asuntos españoles. Durante todo el siglo XVIII los sucesivos embajadores galos en Madrid no actuaron como representantes legales de Francia en el sentido estricto sino como auténticos ministros plenipotenciarios.

El dominio francés sobre España se perpetúa a través de los "Pactos de Familia", que supeditaban la rama española de los Borbones a los intereses galos. Gracias a ellos París utilizará a España como plataforma en su disputa con Inglaterra. Obligando a los ejércitos españoles a participar, bajo mando galo, en sucesivos conflictos bélicos.

A través de diferentes vías, Francia e Inglaterra se hacen ya, en pleno siglo XVIII, con el control del comercio con América.